

Género y memoria: Las mujeres que la Historia silenció. Reseña de *La guerra no tiene rostro de mujer* de Svetlana Alexiévich

Daniela Villanueva

Universidad de Valparaíso
dani.villanueva.aburto@gmail.com

Querida mía, es imposible tener un corazón para el odio y otro para el amor. El ser humano tiene un solo corazón, y yo siempre pensaba en cómo salvar el mío

SVETLANA ALEXIÉVICH (2015, 364)

La guerra no tiene rostro de mujer es un interesante, robusto y apasionante mosaico de relatos enmarcados en la época de la Segunda Guerra Mundial. Svetlana Alexiévich (1948), periodista bielorrusa, en diversas entrevistas denomina dicha obra como un “testimonio colectivo”, pues, son relatos orales de cientos de mujeres de las antiguas Repúblicas Socialistas Soviéticas que lucharon durante la Segunda Guerra defendiendo lo que para ellas era lo más importante: su patria. Son mujeres –ex francotiradoras, conductoras de tanques, miembros de agrupaciones clandestinas, partisanas, enfermeras, cocineras– que sobrevivieron a la invasión, ocupación y guerra contra el fascismo entre los años 1941 y 1945. Lo que hace Svetlana es revelar los más profundos sentimientos de estas mujeres: “No escribo sobre la guerra, sino sobre el ser humano en la guerra. No escribo la historia de la guerra, sino la historia de los sentimientos. Soy historiadora del alma” (19). Este libro fue lanzado originalmente en 1985, pero fue reeditado al español el 2015 por Editorial Debate, el mismo año en que la autora recibe el Premio Nobel de Literatura, coincidencia no menor que catapultó esta obra como un éxito literario moderno.

La autora trabajó durante años escuchando a cientos de mujeres, viajando por más de doscientas localidades diferentes, recopilando material, historias y anécdotas en primera persona para dar voz a quienes no la tuvieron, a quienes se la robaron. Hablar en nombre de quienes han sido silenciadas por más de sesenta años es un acto político en sí mismo. Porque el papel de un escritor/a, a mi juicio, no consiste solamente en escribir historias, se trata también de pensar qué querer transmitir con esa historia. Un escritor, en efecto, puede tener múltiples roles, pero en esta obra, la autora actúa como un agente social crítico y, al mismo tiempo, como portavoz de miles de mujeres marginadas. El trabajo de Svetlana es muy meticuloso, lento, pero concienzudo. La periodista revisa cada entrevista, repasa cada audio y anotaciones hasta lograr construir un fino mosaico con diversas historias. Este montaje narrativo se expresa en cada uno de los diecisiete apartados presentes en el libro. En cada uno de ellos, Svetlana realiza una pequeña introducción para luego dar paso a sus protagonistas, quienes se toman literalmente la obra. La voz de la autora se puede apreciar en escasas intervenciones, pues, lo que ella intenta es ceder su espacio a las mujeres que se autoretratan sin parar a lo largo de las páginas.

Las entrevistas efectuadas lograron explorar las capas más oscuras de la vida humana, ahondando en deseos frustrados, miedos, amores y otros temas, que pocos géneros son capaces de llevar a la luz. Pero al mismo tiempo, es un trabajo que bien podría catalogarse de antropológico o perteneciente a la sociología de la memoria, pues, se unifican relatos sobre el contexto en donde estas mujeres eran las actrices siempre secundarias. Hablar de memoria es también hablar de asuntos intangibles, es abarcar el trauma, el miedo y la represión sufridos que no tienen asidero en el presente. Pero también son vestimentas, olores, formas de relacionarse y rituales recordados con tal detallismo que nos permiten entrar directamente en la Guerra, pese a que no existen huellas ni monumentos al respecto.

De este modo, las mujeres, actores sociales históricamente sometidas, humilladas y silenciadas, cobran completo protagonismo en este libro. Las mujeres estaban allí, en el frente, curando heridas, conduciendo trenes y tanques, sin embargo, la Historia oficial –aquella con mayúscula– las ocultó, no las quiso escuchar. La Historia las hizo

desaparecer y, a su vez, muchas de ellas quisieron olvidar. Lo que hace Svetlana es contar la Guerra desde la perspectiva de los “otros”; en este gran collage de relatos hablan las mujeres, porque, concuerdo con la autora: los relatos de mujeres sí son diferentes, ellas/nosotras hablan/hablamos de otras cosas, otros colores, otros olores, otros espacios. Según Isabelle Bertaux-Wiame (1993) existen diferencias en la manera de narrar entre hombres y mujeres; las mujeres recuerdan los hechos de manera distinta y mucho más detallada, lo que se mezcla con sus propias formas de contar su vivencia personal, poniendo especial énfasis en sus sentimientos y vida cotidiana, y con ello el espacio de lo privado. Los sentimientos y gustos, entendidos como tradicionalmente femeninos, abundan en este gran relato enmarcado en la Segunda Guerra. Estas mujeres, todas muy jóvenes aún en ese entonces, soñaban con días cálidos, paseos por el bosque y vestidos bonitos para lucir con sus amigas. Pero, al mismo tiempo, este libro también evidencia las diferencias de las mujeres entre sí: diversos modos y perspectivas de vida; este libro intenta salir de los esencialismos que hablan de una identidad femenina unívoca, mostrándonos diversas formas en que las mujeres soñaron/sueñan sus vidas.

En estos relatos no hay grandes héroes o heroínas, sino seres humanos que sufren en conjunto con la naturaleza, los animales y los árboles. Y es que todo lo que sabemos de las guerras nos fue transmitido por hombres, contado y respaldado por otros hombres:

Y los libros que hablan de las guerras son incontables. Sin embargo... siempre han sido hombres escribiendo sobre hombres, eso lo veo enseguida. Todo lo que sabemos de la guerra, lo sabemos por la “voz masculina”. Todos somos prisioneros de las percepciones y sensaciones “masculinas”. De las palabras “masculinas”. Las mujeres mientras tanto guardan silencio. Es cierto, nadie le ha preguntado nada a mi abuela excepto yo. Ni a mi madre. Guardan silencio incluso las que estuvieron en la guerra. Y si de pronto se ponen a recordar, no relatan la guerra “femenina”, sino la “masculina”. Se adaptan al canon (13)

Es así cómo estas mujeres callaron y escondieron sus condecoraciones, no se sentían a la altura de la Victoria ganada, tal como lo enuncia una de ellas: “Nos arrebataron la victoria, ¿sabes? Discretamente nos la cambiaron por la simple felicidad femenina. No

compartieron la Victoria con nosotras” (146). El pago de la nación a estas mujeres fue injusto, fue ingrato; se olvidaron de ellas. Incluso aquellos compañeros que las cuidaban durante la Guerra, llamándoles cariñosamente “hermanitas”, fueron quienes callaron una vez llegada la Victoria, mientras que las mujeres que quedaron en casa las apuntaban con el dedo, llamándoles putas, quita-hombres, etc.: “Sois las putas del frente... Perras militares” (284), les gritaban algunas en las calles. Terminada la Guerra, algunas quedaron solas, otras se acompañaron entre sí, y otras lograron formar una familia. Una vez acabada la Guerra hubo mucha incertidumbre, no sabían qué pasaría con sus vidas personales, ¿lograrían estudiar, casarse, tener hijos?

La guerra no tiene rostro de mujer es un libro que mezcla –haciéndose cargo o no– el género y la memoria, espacios en constante disputa. Género y memoria se unen y se constituyen mutuamente, entendiendo que hacemos memoria a través de modos generizados de comportamiento y estilos de pensar, y que no corresponden a una esencia y/o naturaleza específicamente femenina o masculina (Jelin, 2002). Es así que la relación entre género y memoria colectiva se aborda especialmente desde dos campos. Por un lado, desde los estudios de género, explicando la importancia de visibilizar a las mujeres y sus luchas; y, por otro, desde los estudios de la memoria, los cuales intentan dilucidar los mecanismos de transmisión de la memoria y los contenidos de los recuerdos de cada género. Ambos campos se han ido retroalimentando de manera constante, contribuyendo a dar forma a nuevas perspectivas de estudio como “la memorización del género y la generización de la memoria”, aunque aún quedan pendientes esfuerzos para alcanzar a comprender ambas perspectivas de manera más interrelacionada (Troncoso y Piper, 2015, 66).

Como lo enuncia Maurice Halbwachs, en *La memoria colectiva* (2004), recordamos lo que queremos recordar, es decir, nuestra memoria selecciona sus propios recuerdos. Además, agrega que los procesos de la memoria son sociales, incluidos en ciertos “marcos sociales”. Esto dice que las personas recuerdan aquellos acontecimientos que han repetido y que construyen en conjunto con otros: es en sociedad en donde elaboramos nuestros recuerdos. Por su parte Elizabeth Jelin (2002) indica que la memoria, como construcción social, abarca el estudio de las relaciones de quien narra y de la institución que le

otorga/niega el poder a quien habla. Asimismo, la autora establece diferencias entre quienes vivieron los hechos de manera directa, en primera línea y de forma protagónica. Las mujeres protagonistas de este libro son las sobrevivientes de hechos traumáticos, que han otorgado diferentes sentidos y significados a sus memorias, entrando a veces en conflicto con otras, porque la intención de ellas no ha sido narrar el pasado “tal cual era”, sino dotar su propia experiencia de un cierto significado.

En efecto, las reflexiones propuestas por Svetlana Alexiévich apuntan a una perspectiva crítica que no busca esencializar el género ni representalizar la memoria, sino comprender cómo las mujeres recuerdan su guerra, aquella que vivieron también de manera colectiva. Para analizar la relación entre género y memoria presente en esta obra es necesario comprender cómo ambos se interrelacionan y constituyen mutuamente, comprendiendo las maneras generizadas mediante las cuales las mujeres y hombres hacemos memoria; esto implica que al recordar el pasado vamos construyendo tanto el pasado generizado que se recuerda como a los sujetos generizados que recuerdan (Troncoso y Piper, 2015). Ciertamente, las mujeres de este libro recuerdan la Guerra de manera diferente, sin embargo, lo importante es comprender que la relación entre género y memoria nos remite a una crítica antiesencialista del género, cuestionando los discursos biologicistas y conservadores que determinan a hombres y mujeres. Una de las tantas preguntas implícitas que lanza la autora remite a lo anterior: cómo nuestras identidades de género inciden en la construcción de nuestras memorias individuales y colectivas.

Las guerras y sus recuerdos tienen aspectos oscuros, que avergüenzan, aun cuando han pasado tantos años, pues, la Guerra les hizo convertirse en personas que no querían ser. Se trata de la transformación de la persona en otro ser irreconocible. “Cuando terminaba el ataque era mejor no mirarse a las caras, porque las caras son distintas [...] Me acercaba a mis compañeros y oía: ‘¡Véte!...’. No soy capaz de expresarlo” (174). Efectivamente, como lo cuenta otra mujer: “No hay otra forma de sobrevivir. Si te limitas a ser humano, no hay salvación. ¡Perderás la cabeza!”. Svetlana Alexiévich se consagra como una gran coleccionista de relatos, logrando hacer que cientos de mujeres confesaran sus propias humillaciones, celos, alegrías y fracasos.

Es así que estas mujeres protagonistas iban seleccionando sus propias palabras, las cuales iban relatando a la escritora –desde la comodidad de una cita en sus casas, con un café o galletitas recién horneadas– porque recordar también trae al presente los fantasmas del pasado: todo alrededor es corriente, excepto su memoria, señala la autora. A través del relato, estas mujeres pudieron reconstruir su pasado intentando armar a la mujer de antes de la Guerra y a la mujer después de ésta. Porque también están las apasionadas ganas de querer contar la propia historia, en definitiva, las legítimas ganas de querer ser escuchadas. Las mujeres recuerdan el pasado con todo su cuerpo: con su mente, con su llanto y su asombro, pero también recuerdan a través de las expresiones de sus ojos y sus manos... La autora lamenta no poder “grabar” esos momentos.

La guerra no tiene rostro de mujer es un relato político que busca visibilizar lo silenciado, rescatando la forma particular de las mujeres de ver el mundo, en tanto han sido educadas de tal manera. Pero, al mismo tiempo, habla de las diferencias de las mujeres entre sí, de las diversas maneras que existen para recordar el pasado, desmitificando una supuesta identidad femenina: nos invita a salir del esencialismo que habla de las mujeres como una identidad unívoca.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEXIÉVICH, Svetlana. *La guerra no tiene rostro de mujer*. Madrid: Debate, 2015.
- BERTAUX-WIAME, Isabelle. “La perspectiva de la historia de vida en el estudio de las migraciones interiores”. *La Historia Oral. Métodos y experiencias*. Madrid: Debate, 1993, 267-282.
- HALBWACHS, Maurice. *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.
- JELIN, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI, 2002.
- TRONCOSO, Leyla y PIPER, Isabel. “Género y memoria: articulaciones críticas y feministas”. *Revista Athenea Digital*, 15 (2015): 65-90.